

CORONA POÉTICA

á S. M. y A.

EN SU FELIZ ENLACE CON SUS AUGUSTOS PRIMOS,

los Serms. Señores

Duques de Cádiz y de Montpensier.



MADRID.

IMPRENTA DE M. RIVADENEYRA Y COMP., JESUS DEL VALLE, 6.

1846.

CORONA POETICA

N.º 1.º

EN LA BIBLIOTECA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

Deposito de 1816 y de 1817.



MADRID.

IMPRESA DE M. BARRAL Y CAÑA, EN LA PLAZA DE SAN JUAN.

1816.

HIMNOS

QUE HAN DE CANTARSE

EN LOS DOS TEATROS DEL PRÍNCIPE Y DE LA CRUZ.

Música de D. Joaquín Espín y Guillén.

CORO.

Dulces cantos de paz y ventura
Dad al viento en las alas de amor :
¡Prez y gloria á la régia hermosura!
Prez y gloria al augusto valor!

1.^a

Saludad á la estirpe de reyes,
Que por bella la fama pregoná;
Preparad una doble corona,
Que ceñir á su frente real.
¡Ledas ninfas, que al suelo de Iberia
Infundís vuestro aliento divino!
De laureles sembrad su camino,
Y de flores su lecho nupcial.

Dulces cantos de paz y ventura, etc,

2.

Saludad á la esposa felice,
 Régio sol de la hispana diadema,
 Grato signo, magnífico emblema
 De virtud, y de gloria, y de amor.
 Saludad al augusto mancebo
 Que su tálamo y trono comparte,
 Noble alumno en la escuela de Marte,
 De la Iberia esperanza y honor.

Dulces cantos de paz y ventura, etc.

3.^a

Saludad á la candida rosa,
 Flor temprana, delicia de mayo,
 Fecundada al vivífico rayo
 Que la infunde el amor fraternal.
 ¡Noble huésped! Mil veces dichoso,
 Cuando tornes del Sena á la orilla,
 Y perfume esa flor de Castilla
 Con su aroma tu marcha triunfal.

Dulces cantos de paz y ventura, etc.

4.^a

Removiendo la cóncava mole,
 Do reposan sus yertos despojos,
 El tercero Fernando los ojos
 Torna amigo al augusto dosel.

Y al altar, do bendice el eterno
 Esa doble anhelada coyunda,
 Desde el valle que el Darro fecunda
 Manda paz la primera Isabel.

Dulces cantos de paz y ventura,
 Dad al viento en las alas de amor :
 Saludad á la régia hermosura ;
 Saludad al augusto valor.

HIMNO EPITALAMICO.

CÓRO.

De mirtos y rosas
Diadema de amores,
Circunda tus sienes,
Augusta ISABEL.
Y á par que sustentas
Corona de flores,
Tus huellas alfombran
La palma y laurel.

1.^a

En vano la antorcha
De Nemesis fiera
Tornára cenizas
Tu suelo natal.
El númen, que amigo
Tu cuna meciera,
La estingue, y derrama
Su aliento vital.

De mirtos y rosas, etc.

2.^a

Esparcen las auras
Semillas de gloria,
Su aliento fecunda

7
Los campos de honor,
Y tiende su vuelo
Después la victoria,
Y rinde á sus plantas
Un culto de amor.

De mirtos y rosas, etc.

3.^a

Cual rosa naciente
Que el álamo escuda,
Guardaba la Iberia
Tu cuna infantil.
Leal como entonces,
Hoy ya te saluda
Esposa y amante,
Llegado tu abril.

De mirtos y rosas, etc.

4.^a

Atiende. Es tu pueblo,
Que bate las palmas,
Y el himno te lleva
De fiel gratitud.
Tu dicha es la suya :
Son tuyas sus almas,
¿Qué mucho, si esperan
De tí la salud?

De mirtos y rosas, etc.

CON MOTIVO DE LOS CABALLEROS EN PLAZA.

SONETO.

Cuando el noble vestido de diamante
Fiestas hallaba remedando lides,
Al pié de los iberos adalides
Postraba el moro el cándido turbante.

Burlaba entonces ISABEL triunfante
De política estraña los ardides,
Y humillando los términos de Alcides,
Traspasaba Colon el mar de Atlante;

Y hoy que Madrid en su revuelta plaza
Celebra de ISABEL las régias bodas,
Y LUISA bella á MONTPENSIER enlaza,

Hoy que dispuestas son las almas todas,
El fuego prenda de la antigua raza
En ese alarde de costumbres godas.

J. de la Pezuela.

Los rayos de la luna.

CANTO EPICO

PARA CELEBRAR EL FELIZ ENLACE

DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

CON SU AUGUSTO PRIMO

el Sermo. Sr. D. Francisco de Asís Maria,

por D. Joaquín José Cervino.

I.

Pasó fugaz espíritu volando,
Tocó mi frente, y vi : ¿podré yo agora
Hacer que el eco de mi lira blando
Retrate la vision encantadora?
Inspirame, Señor; tú que exaltando
La mente del poeta bullidora,
En bienhechor delirio le presentas
Altas escenas do tu gloria ostentas.

II.

Era la noche : ufana mi pupila
 El rayo de la luna contemplaba ,
 Que descendiendo hasta mi faz tranquila
 Con gasa de hilos de oro la velaba.
 Súbito, empero, su fulgor vacila,
 Y en la cinta de plata que formaba
 Desde mi frente hasta el zenit, descuella
 De espirtus ciento muchedumbre bella.

III.

Ya ascienden en confuso remolino,
 Ya bajan á la vez precipitados,
 Cubiertos unos de esplendor divino,
 Otros con negras sombras enlutados :
 Pierden estos su nítido camino,
 Aquellos le recobran afanados,
 Y mil, y mas, y todos se confunden,
 Desparecen, se encuentran, se alzan, se hunden.

IV.

Rumor de muchas voces, cual bramido
 De lejano torrente percibía :
 Vieron mis ojos, escuchó mi oído,
 Vistióse mudo pasmo el alma mia.
 ¡ Oh ! se adelanta un grupo ennegrecido
 Rebramando en tremenda gritería,
 Sobre el alcázar de ISABEL se mece,
 Y bandera de luto allí parece.

V.

Temblé con temblor grande : de repente
 Una voz , cual ninguna rebramando ,
 Lanzó terribles frases inclemente
 Acia el inquieto , tumultuario bando :
 Detúvose su bravo continente
 Un momento no mas al eco infando
 Que retumbó en mi oído como el trueno
 Que arroja horrenda nube de su seno.

VI.

« — ¡ Aquí , genios del mal ! Ved ya la tierra
 » Tras que volais en confusion tamaña :
 » Vivas señales del rencor encierra
 » Que ha ejercitado en ella vuestra saña.....
 » — Volemos : — asolemos : — muerte : — guerra : —
 » Sangre : — traicion : — horror : — que gima España. —
 » A Madrid : — al Pirene : — á Andalucía : —
 » Al Tajo : — al Miño : — al norte : — al mediodía. — »

VII.

Y cual vuelan los átomos , que acaso
 Del sol se mecen al brillar divino ,
 Si se ve entre ellos con rigor no escaso
 Por tosca mano sacudido lino ;
 Así ví que al oriente , y al ocaso ,
 Y al sud , y al septentrion en torbellino
 Confuso por demás se dirigieron ,
 Y bramando á la vez desaparecieron.

VIII.

¡Ay! ¿Qué va á ser de tí, patria querida,
 Con tal hueste en tu daño conjurada?
 ¿Será que vuelvas á plañir sentida,
 Cual tantas veces, tu beldad manchada,
 La hija de tu suelo envilecida,
 La pompa de tus templos ultrajada,
 Tus campos yermos, prófugos tus bravos,
 Tus pequeños ansiando el pan de esclavos?

IX.

¡Piedad, Dios mio! ¿Y la Real Matrona,
 Que en trono de oro y de marfil se sienta,
 Habrá de ver su espléndida corona
 Tinta en el polvo de la lid sangrienta?
 ¿Y el manto de inocencia que la abona,
 Y el cetro de justicia que sustenta,
 Y su hermosura, y su virtud, ¿Dios mio!
 A tanto mal no han de acortar el brío?

X.

Dije; y súbito el rayo de la luna
 Con nueva luz fulgente se abrillanta,
 Y chispas de diamantes mil aduna
 En cerco de oro que mi vista encanta:
 Del mismo sol la rutilante cuna
 Lucir no puede maravilla tanta,
 Cuando encendido su brillante rayo
 Reverbera en la nieve del Moncayo.

XI.

Aquel mar de divinos resplandores
 Angélico escuadron de pronto exhala,
 Que ya asciende en la luz de cien colores,
 Ya acia el mundo, suavísimo, resbala.
 ¿Veria así Jacob entre fulgores
 Los ángeles de Dios por la ardua escala
 Leves subiendo de la tierra al cielo,
 Ráudos bajando de la altura al suelo?

XII.

¿Pero qué voz süave y misteriosa,
 Como el preludio de encantada lira,
 Llega en las auras de la noche hermosa,
 Y á anonadarme de placer conspira?
 Mi corazon en júbilo rebosa,
 Late, cesa, comprímese, suspira.....
 Acorredle con flores; que le asalta
 Mortal deliquio en fruicion tan alta..

XIII.

« — ¡Espíritus de paz, que Dios envía
 »Desde su trono que en el sol se baña
 (Así la voz angélica decia)
 »A derramar consuelos sobre España!
 »En contra de ella la tenaz porfía
 »Del ángel malo sin cesar amaña
 »Llantos y angustias, penas y dolores,
 »Y guerra, y muerte, y horfandad y horrores..

XIV.

»Mas destello de fuerza soberano
 »Para impedir tan negra desventura
 »Nos presta Jehováh, y alarde vano
 »No debemos hacer; que mas fulgura
 »De su eterna pujanza el alto arcano
 »Cuando en mas fútil causa le asegura.
 »¿No le vemos á veces componiendo
 »Con vapor leve nubarron tremendo?

XV.

»Mirad, mirad la tierra que se os fia
 »Para arrancarla de inminente lloro :
 »¿Pues qué podremos darla en este dia
 »Porque tenga de dichas un tesoro? —»
 Mil voces con angélica armonía
 Forman al punto delicioso coro :
 — «No triunfos vanos, ú hórridas proezas.»
 — «No infausta gloria, ó miserias riquezas.»

XVI.

— «¡Amor! ¡amor!» — De la palabra santa
 Al retumbar el eco bendecido,
 Armonioso conciento se levanta
 De cielo y tierra en el confín tendido.
 «¡Amor!» el alta esfera que abrillanta
 De mil luceros el fulgor subido,
 «¡Amor!» las nubes que entre sí compiten,
 Los collados de España «¡amor!» repiten.

XVII.

Y «¡ amor!» diciendo, el ángel que guiaba
 De espíritus la escelsa muchedumbre
 Aurea bandera al viento desplegada,
 Teñida en rayos de divina lumbre :
 Entre celajes vívidos ondeaba
 En la celeste tachonada cumbre,
 Y «¡ amor, amor!» su centro que fulgura
 Muestra escrito con rica bordadura.

XVIII.

— «¡ Por ISABEL y por FRANCISCO!» — esclama,
 Meciendo aquel pendon, el ángel santo :
 — «¡ Por ISABEL y por FRANCISCO!» — clama
 Música celestial que cunde en tanto :
 — «¡ Por ISABEL y por FRANCISCO!» — y rama
 De lauro, y mirto, y rosas, y amaranto
 Cada cual deshojando da á la esfera
 Lluvia de cien colores hechicera.

XIX.

Y oigo el himno nupcial. ¡ Señor, que diste
 Armonías al eco del torrente,
 Y de los truenos al retumbo triste,
 Y al rugido del nofo vehemente :
 Tú, que el trino al jilguero concediste,
 Y su voz á la tórtola inocente !
 Sostén, Señor, sostén mi osada lira,
 Que el nupcial himno á repetir aspira.

XX.

— «A tí, REAL DONCELLA, celebramos!
 »Dióte el cielo su nítida hermosura :
 »En tu angélica frente contemplamos
 »De reyes ciento la diadema pura :
 »Rosas en tus mejillas admiramos :
 »Augusta majestad en tí fulgura ;
 »Pero tu alma es mas bella, ¡ oh gran SEÑORA !
 »Mas bella que tus gracias, y enamora.» —

XXI.

— «A tí, PRÍNCIPE augusto, que has ceñido
 »La espada de Pelayo y Recaredo,
 »A tí loores mil : ya apercebido
 »Te vemos á imitar su alto denuedo ;
 »Mas acia el régio tálamo florido
 »Al mirarte marchar de amores ledó,
 »No á tu valor, á tus virtudes fia
 »Su ventura la España y su alegría.» —

XXII.

— «ELLA, como la aurora que amanece.» —
 «EL, como el sol sobre la Iberia alzado.» —
 «ELLA azucena que en abril se mece.» —
 «EL, cual cedro en el Líbano encumbrado.» —
 «ELLA vestida de esplendor parece.» —
 «EL parece de gloria coronado.» —
 «ELLA toda es amor, bondad, dulzura.» —
 «EL todo suavidad, todo ternura.» —

XXIII.

— « ¡ Electos del Señor para que unidos
 » Seais la dicha de la tierra hispana !
 » El dios de los amores bendecidos ,
 » Ante su altar de jaspe y filigrana
 » Reciba vuestros votos. Confundidos
 » Huyan bramando con su rabia insana
 » Los ángeles del mal, y en amor tierno
 » Reinad ; oh Esposos ! con placer eterno. » —

XXIV.

La luna en aquel punto hundió su frente
 Del cantábrico mar en lo profundo :
 No vi ni escuché mas. ¡ Señor ! ; mi mente
 Tan solo un sueño cobijó infecundo ?...
 No ; que ya veo á la española gente
 Con vivas á ISABEL colmar el mundo ,
 Y parece que un ángel de amor lleno
 Baja irradiando á fecundar su seno.

Joaquín José Cervino.

En las bodas de la Reina nuestra Señora

Y SU AUGUSTA HERMANA.

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL.

Idolo de la España,
Noble ISABEL augusta,
En gracias la primera
Si en nombre la segunda,

El pueblo fiel y libre
Que defendió tu cuna
Cuando, bajel sin norte
Bogaba en mar sañuda;

El que vertió su sangre
En obstinada lucha
Por preservar tu cetro
De usurpacion injusta;

El que en edad de niña
Te dió fueros de adulta,
Precoz en su homenaje
Como Tú en la hermosura,

¿Negártelo pudiera
Hoy, que en dulce coyunda

De un Príncipe querido
Sancionas la ventura?

Cuerdo, leal, valiente,
No ha desmentido nunca
Que tu preclara sangre
Por sus venas circula.

Campeon de la patria,
De tu dosel columna,
Bien, ó Reina, merece
Llamarte prenda suya.

Y España, que bendice
Tras tantas amarguras
El vínculo sagrado
Que vuestras almas junta;

España, que su gloria
En vuestra gloria funda,
Solo os pide en albricias.....
Un PRINCIPE DE ASTURIAS

Á S. A. R. LA INFANTA DOÑA LUISA FERNANDA.

Escelsa Infanta española,
Tierna Hermana de ISABEL,
Tan modesta como linda,
Y mas ángel que mujer ;

Si solo de nardo y rosa
Ceñida llevas la sien,
A Francia llevas contigo
De España el lauro y la prez.

Reinar en los corazones
Es dulce imperio también,
¿ Y quién será el mal nacido
Que no le rinda á tus piés ?

El esposo que te adora
Caballero es de alta ley :
Francia aplaude sus virtudes
Y sus proezas Arjel.

Mas , contento con la gloria
De sublimarse á tu Edén,
En tu mano no codicia
La esperanza de un dosel.

Ni se turbará en Europa,
Porque afable se la dés,
La paz que Francia desea
Y á Bretaña le está bien.

No porque tu casto yugo
Vea España con placer
Está dispuesta á sufrirlo
Del galo ni del inglés.

Tú serás feliz Esposa ,
Como lo mereces ser ,
Y España no menos libre
Que sin tu boda lo fué.

Insigne muestra daria
De su esfuerzo y su poder
Si la falsía extranjera
Burlase su buena fe ;

Que no han de impedir las tramas
De este gobierno ó de aquel
Que los altos Pirineos
Donde se alzaron estén ;

Y mientras otros glosaran
A la luz de su interés ,
Ora el *Pacto de Familia* ,
Ora el tratado de *Utrech* ,

Recordaria la España ,
Cuando fuese menester
Laureles de *Buenos-Aires*
Y trofeos de *Bailén*.

Manuel Breton de los Herreros.

A los próximos enlaces de S. M. y R.

Lira, que hasta hoy medrosa,
En el silencio de mi oscuro asilo,
De un corazon tranquilo
Eco fuiste no mas; álzate, y osa,
Cual águila que el vuelo
Segura tiende por la vez primera,
Desde el confin de nuestra humilde esfera
Llevar tu voz hasta el supremo cielo:
Que en tan gozoso dia
Ni es lisonja este afán ni es osadía.
Libre de ofensas tú, libre de encono,
Puedes mostrar al mundo
Que en un pecho español siempre profundo
Arde el amor con que venera al trono.

Del entusiasmo en alas,
 Tal un tiempo la patria á una hermosura
 Con su solio brindó : todo fué holgura,
 Flores el suelo y el ambiente galas.
 Fingióla amor con halagüena idea
 De Barcino en la playa aparecida,
 Como al soplo del céfiro nacida
 De la espuma del Ponto, Citerea;
 Y en cántico sonoro,
 El esperado bien, el bien tardío,
 Cobrando el nervio de su antiguo brio,
 Un vate presagió con plectro de oro.
 Himnos do quiera, admiracion, loores,
 Parténope, su cuna,
 La vió gozar, anticipada prenda
 De júbilos mayores;
 Y la bóveda misma que ilumina
 El etéreo esplendor, sirvió de ofrenda
 Al adorado nombre de CRISTINA.

Las dulces tintas con que va la aurora
 Dorando en torno el estival oriente
 Trueca en llama voraz el sol ardiente :
 Al favonio sutil, que nace y mora
 En la floresta umbría,
 Sucede el huracán, la noche al dia,
 Y á la vida fugaz sigue la muerte.
 ¡ Dura, tirana suerte,
 Que al bien siempre acompaña !
 Abrió sus campos la infeliz España
 A los males después : venganza, guerra,
 Asolacion sin freno,
 Y cuantos monstruos engendró la tierra,

Pugnaron juntos en su inmenso seno.
 Musa, que el canto del horror inspiras,
 Cuenta los dones tú que un genio odioso,
 Contrario á nuestras glorias y reposo,
 Llevó triunfante á tus sangrientas piras.

Hoy, tras tanto penar, de nuevo brilla
 El Iris que consuela,
 Y el dorado hemisferio
 Estable calma al corazon revela.
 Flora la pompa de su rico imperio
 A los campos devuelve, sus tesoros
 Abril, las Gracias sus festivos coros.
 Y en tanto el español, que de sus lares
 Lanzar consigue la discordia impura,
 Celebra á su ISABEL, y su ventura,
 En bulliciosas danzas y cantares.

Prodigios de tu amor, Reina y Señora.
 Baldon perpetuo humille
 Al que á tu pueblo en lealtad mancille :
 Princesa te aclamó, reina te adora.
 De el fiero lemosin adonde alcanza
 El Tajo al mar en anchuroso río,
 Y del áfrico noto al cierzo frío
 Pregones hallarás de su alabanza.
 « Aquí los lauros crecen ,
 A cuya amiga sombra el trono vive :
 Y el sacro cetro sumision recibe ,
 Y las turbas anárquicas perecen ;
 Y tremolando á una
 El real pendon, la nacional enseña,
 Del soberbio invasor, que los desdeña,

Vengados tornan con igual fortuna.

Míralos ora á todos congregados
 Cuantos Iberia por sus hijos cuenta,
 De tu áureo solio en derredor : — los hados
 Te dicen, Reina augusta,
 De esta nacion propicios al deseo,
 Al fin nos dan los prometidos bienes.
 Sube al ara nupcial, y orne tus sienes
 La espléndida corona de Himeneo. —
 ¿Será verdad que el anhelado instante
 Llegado es ya? ¿Que en tálamo fecundo
 Dará Isabel á España un nuevo Atlante,
 Al trono un sucesor, y un héroe al mundo?

Palmas, fragantes rosas
 Y aromas esparcid : que las pluviosas
 Nubes derramen su licor en vano ;
 No haya vagar á fiestas y placeres,
 Y su faz repetida humille Jano
 A la deidad de la apacible Ceres.
 Inmensa, universal, eterna sea
 La dicha que inaugura
 El alto cielo, y sin fragor ni lides
 Grande y feliz se vea
 La patria en brazos de la paz segura,
 Desde el mar de Colon hasta el de Alcides.

¿Quién de la virgen Real digno pudiera
 La hermosura pintar, el rostro bello,
 En que el pudor compite
 De la alta majestad con el destello !
 Apenas adelanta,

Temerosa de sí, la breve planta,
 Que la inocencia hizo
 Tímido á un tiempo y seductor su hechizo!
 ¡ Oh, cómo su victoria
 Repugna á la virtud! ¡ Cómo los ojos
 Se apartan con enojos
 De aquel aplauso que escitó su gloria!
 Tú, empero, ISABEL, hijos
 En nosotros los ten, sí: tu presencia
 El gozo inspira que tras larga ausencia
 La de una madre á sus amantes hijos.

Ya el címbalo sagrado el aire hiriendo,
 Y del órgano mágico el estruendo
 La sacrosanta ceremonia anuncian.
 Ya férvido, gozoso,
 Impaciente del bien que su alma anhela,
 En brazos del amor vuela el esposo.
 Vástago ilustre de pomposa rama,
 El parabién y el homenaje admite
 De la patria común, que te repite
 Su leal afecto, y con ardor te aclama.
 La que tu Reina fué, mano y amores,
 A tí, ya igual, te fía:
 Goza, jóven dichoso, de las flores
 Que su seno purísimo te envía;
 Y vela al par contra el sangriento encono
 Del enemigo fiero,
 Blandiendo, como rey, el limpio acero,
 Y acrisolando el esplendor del trono.

Y tú, de gracias y candor modelo,
 Lusa bella, en quien funda

Tantos triunfos amor, al pié del ara
 También te aguarda la nupcial coyunda.
 También de bendiciones
 Y de aplausos sin fin bella auréola
 Te sigue por do quier, y en dulces sonos
 Te acompaña la cítara española.
 ¡Feliz tu esposo, que en tempranos años
 Con bien tan alto su pasión recrea!
 ¡Feliz tu beldad sea,
 De propios gloria, admiración de estraños!

Iberia, alza la frente :
 A nueva vida el porvenir te llama ;
 La Paz su puro rosicler derrama,
 Vencedora del mundo, por tu oriente.
 Jamás torne el áciago
 Tiempo de expiación, ¡que solo aborta
 Mancilla eterna y funeral estrago :
 Y cuando libre, próspero, tranquilo,
 Un lustro y muchos, envidioso el mundo
 Contemple al español, « de tu himeneo
 Ese, grande ISABEL, es el trofeo, »
 Podré decir, y si al laurel aspira
 De celebrados vates,
 Canto mejor entonará mi lira.

Capitán Rosell.

A S. M. LA REINA
DOÑA ISABEL II,

EN SU FAUSTO ENLACE.

SONETO.

Rayó por fin la espléndida alborada
Que la ibera nacion apetecia ;
Y al ver que eres feliz , ¡ oh Reina mia !
En júbilo rebosa entusiasmada.

No temas ya que la discordia osada
De hoy mas levante la cerviz impía ;
Que el justo cielo á tan propicio dia
Mil de ventura añadirá colmada.

A par que Tú , la Perla de Castilla
Al tálamo nupcial subir espera ,
Cual Tú adorada y libre de mancilla.

Nada la dicha de tu rostro altera...
Cual puro sol , sobre tu frente brilla
La ilustre sombra de Isabel primera.

José Amador de los Ríos.

Á S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL II.

Si osara apenas con acorde lira
Cantar las gracias de apacible hermosa,
¿Podrá mi musa con acento ronco
A vos su vuelo levantar, Señora?

¿A vos, que bella, cual en mayo alegre
Del pensil rico la fragante rosa,
Reina, como la reina de las flores,
Ostentais de dos mundos la corona?

¿A vos, que en cielo de apiñadas nubes
Brillais de España refulgente aurora,
Con la inocencia de la edad florida
Y del real manto con egregia pompa?

Débil mi voz, del inflamado pecho
No brilla la lealtad que en sí atesora,
Y oculta queda en la region del alma,
Como la perla en la marina concha.

Sobre el trono asentada de cien reyes,
 Ceñida de purísima aureola,
 Angel sois en la paz, y en los combates
 Grito fuisteis de guerra y de victoria.

Si en apartados climas los iberos
 Hacen brillar las toledanas hojas,
 Y ornado de castillos y leones
 El estandarte nacional tremolan;

Si de nuevo las naves de Castilla
 Lijeras surcan las hinchadas ondas,
 Al grito de ¡ISABEL! en anchos mundos
 Flotarán sus gallardas banderolas.

Y al nombre unido de la Reina ilustre,
 Al nombre unido de la casta esposa,
 Irá otro nombre como el vuestro grato,
 Que con vos parta la brillante gloria.

Juan de Arija,

A S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL II.

EN LAS FIESTAS DE SU ENLACE

con su augusto primo el Sermo. Sr. D. Francisco de Asís.

La discordia, la guerra,
La guerra fraticida, en llano y sierra,
Con crudo azote en su iracunda saña
Zumbaba en torno de tu cuna, en tanto
Que con terror y espanto
En sangre se inundó la noble España.

Largos días, Señora,
Ardió en mi patria, en lucha asoladora
De discordia tenaz la infanda tea,
Infanda tea que en poblado y monte
Muestra en el horizonte
Pálida y tibia luz con que aun humea.

Tú, en tanto, ángel divino
 De horfandad y virtud, en tu camino
 Fué la inocencia inseparable escudo
 A tu cándido pecho, triste y sola,
 Cual débil barquerola
 Que el sordo inquieto mar azota rudo.

Pero si hartó la España
 Oyó correr el llanto que la baña,
 A tus preciosas lágrimas mezclado,
 Siempre mirando en tí plácida aurora
 Do el germen se atesora
 A su entreabierto porvenir guardado,

Hoy su gloria eclipsada
 Ve renacer, por Himeneo alzada
 Ya á mayor esplendor, y en dulce abrazo,
 Del Darro al Ebro, paz y bienandanza,
 Cumplida su esperanza,
 Forman eterno indisoluble lazo.

La fe de Recaredo, la que brilla
 En la ilustre matrona que á Castilla
 De un mar al otro mar llevó potente,
 Hoy en tu régio tálamo derrama
 Amor, que dulce inflama
 Con celeste virtud tu pura frente:

Amor, bálsamo eterno,
 Que el hombre al Hacedor con lazo tierno
 Une en su incierta marcha, y le encamina;
 Amor, poder del rey, del pueblo amparo,
 Cual luminoso faro
 Que en la borrasca al náufrago ilumina.

Cercada de la gloria
 De otra Isabel, orgullo de la historia,
 Postrada á su recuerdo venerando,
 Ramas distintas de su estirpe egregia
 Une hoy tu mano régia
 Bajo el solio inmortal de San Fernando.

Las sombras ensalzadas
 De tu augusta progenie, á tí enlazadas,
 Con corona nupcial ornan tu frente;
 Y la virtud alientan con que pia
 En la discordia impia
 Mil víctimas salvó tu voz clemente;

Diciéndote: — « El instante
 Sonó ya del reposo, si inconstante
 Revuelta el brillo de ese reino empaña,
 Hoy pobre, antes temido, y cien estados
 Le fueron desmembrados,
 Aun queda gloria al porvenir de España;

» Gloria en tí generosa
 Que al que á tus piés llegó con voz piadosa
 Contino perdonaste: el hacer gala
 De terrible rigor es dura estrella;
 Clemencia augusta y bella
 A la divinidad al rey iguala;

» Gloria en tí, que si crece
 De la victoria el lauro que florece
 Con sangre y esterminio, si entre espanto
 El cruel victorioso aplausos prueba
 Que en víctimas se ceba,
 Clemencia inspira amor y enjuga el llanto.

» Tu cetro nueva aurora
 Anuncia ya, la mano bienhechora
 De tu egregia bondad á España ofrece
 Bálsamo en sus congojas, tú escudada
 Serás desde hoy, y amada
 Cual tu virtud angélica merece.

» Si el siglo que en su enseña
 El lábaro triunfal borra y desdeña,
 Y al sórdido interés culto prodiga,
 Sobre España lanzó su estrago horrendo,
 El gérmen difundiendo
 Del disolvente vértigo que abriga;

» Benéfica y clemente, —
 La virtud y el saber con celo ardiente
 Pródiga ensalza; ya tu cetro infunde
 Estimulo á la gloria, y tu mirada,
 De bondades cercada,
 Ante tu trono la impiedad confunde.

Dicen, y pregonando
 Tu fausto enlace, en torno derramando
 De las pasiones que el error agitan
 Y á la patria ensangrientan, dulce y pio
 Benéfico rocío,
 A tu unánime aplauso las escitan;

Y á tu régia grandeza
 Dan nuevo brillo, en la sublime alteza
 Del empíreo, de arcángeles cercada,
 Mostrándote á los pueblos, entre nubes,
 En arpas de querubes,
 Con celestiales himnos ensalzada.

¡ Oh Reina ! pues te augura
 El aplauso que alcanzas de futura
 Gloria pródigo don, de otra Isabela
 La Católica en pos que un mundo á España
 Dió con heróica hazaña,
 De la patria del Cid la suerte vela.

De Pelayo y Arista,
 De Fernandos y Carlos la conquista,
 Que entre heroismo y lealtad fundaron,
 Aunque en mil partes su bandera rota,
 Nunca en su seno agota
 El patriotismo y fe que la legaron.

Y así como en el monte
 Fragoso ó mar bravío, el horizonte
 Con horrísono son nos amedrenta
 Si piedra y rayos vibra en bronco trueno,
 Hasta que el sol sereno
 Fúlgido asoma, y la borrasca ahuyenta ;

Así el rendido hispano
 Que en largo afán tras su delirio insano
 Su propia ruina y destruccion provoca
 Con discordia civil do ahogarse siente,
 En tí el astro luciente
 De paz y eterna union, férvido invoca.

José de Grijalva.

A S. M. la Reina

DOÑA ISABEL II.

CON MOTIVO DE SU FAUSTO ENLACE

con el Sermo. Sr. Infante

D. FRANCISCO DE ASIS MARIA.

¡Qué nueva llama de entusiasmo, ardiente,
Hervorosa, divina,
Cual la que matutina
De grana y oro asoma en el oriente,
De colores y luz llenando el cielo,
A raudales copiosos brota el suelo
De la mísera España,
Presagio á nueva gloria, á nueva hazaña?

¡Llama el clarín sonoro á lid sangrienta
La gran nación que prefirió sublime,
Al bien que ofrece la amistad dudosa,
El mal glorioso que el honor redime;
Y del pérfido corso inicua afrenta
Supo vengar un día;
Y ceñir victoriosa
A su guerrera sien lauro y coronas;
Y llevar su gran nombre sin segundo
Por cuanto abarca el mundo
Del mar ignoto á las indianas zonas?

¿O del seno profundo,
 En justa indignacion la sangre hirviendo,
 Grito que al orbe aterra
 Lanza agudo y tremendo
 Las mortíferas armas requiriendo;
 Y en sus robustos brazos guarda y cierra
 El trono de cien reyes
 Para la prole augusta de Fernando,
 Ejemplo al mundo y á los siglos dando
 De santo amor al trono y á las leyes?

No; que de la extranjera
 Y fraticida guerra los furores
 En dulce abrazo y fraternal alianza
 Hanse trocado; y ya sus albas flores,
 Símbolos de ventura y de esperanza,
 La pacífica oliva al aire lanza,
 En el mismo que hiciera
 La procaz ambicion suelo de espanto;
 Y cólera infernal al hombre diera,
 Al alma sustos, á los ojos llanto.

Ya fatidico estruendo,
 Furores provocando al par que lloro,
 Y en humo y llamas la galana pompa
 Convirtiendo de campos frutecidos,
 No despide el cañon; ni de la trompa
 Los clamorosos bélicos sonidos,
 En alas de la muerte el aire hendiendo,
 Acallan de las aves el sonoro
 Cántico matinal. Ni en la crüenta
 Lid de piedad exenta,
 Cuando del bronce comprimido estalla

El ígneo rayo, ó del bruñido acero
 Agitado con ira aciaga lumbre
 Se desprende, fortísima muralla
 Del inflamado ariete y de la mina
 Cede al embate, y lúgubre rüido
 Hace al caer entre el estrago fiero;
 Ni el cielo, el llano, y la fragosa cumbre
 Cubriendo de humo y polvo, en su rüina
 Al vencedor sepulta y al vencido.

Si la batalla no; si no el decoro
 Del sacro nombre de la patria hispana,
 ¿Qué deidad soberana
 Al alma de fervor puro y sublime
 Generoso ardimiento y fuerza imprime,
 Cambiando ya en alegre el triste lloro?

Yo miro á los ancianos
 De temblorosa voz y frente arada,
 La lumbre ya apagada
 De los cansados ojos y las manos
 Con nuevo brío levantar al cielo:
 De súplica ferviente,
 De generoso anhelo,
 De gozo y de esperanza
 Con aquel ademán que el bien pedido
 De la suma Bondad el hombre alcanza.

Y á la madre solícita contemplo,
 Que del pecho pendiente
 Lleva su dulce carga, á tí ofrecerla
 En don propiciatorio, ¡Númen santo!
 Pronunciando al oído

Del ángel de su amor adormecido ,
 Nombre que al labio el corazon envía
 Con inefable encanto ,
 Cual de arpa eólia célica armonía.

Y ese nombre querido ,
 Las puras auras con amor rompiendo ,
 Por los espacios cóncavos resuena
 En la gran voz del pueblo repetido :
 Voz que los aires llena
 De varonil acento en la armonía :
 Voz que en ondas sonantes se sucede ,
 Y con su fuerza puede
 El ímpetu calmar y el ronco estruendo
 De la que ciega embiste
 Las corvas playas , espumosa , impía ,
 Hinchada mar bravía ;
 Y llevar animosa el alto vuelo
 Al estrellado cielo
 En donde el ángel del Señor asiste.

Es tu nombre, ISABEL, tu nombre puro
 Al caro nombre de tu Esposo unido
 En felice himeneo ;
 Tu nombre , que resuena al estampido
 Del nacional clamor, y en fuerte muro
 De generosos pechos españoles
 El cincel del amor graba seguro.
 ¡ Oh cuánta dicha el popular deseo
 Por Dios cumplido, en el girar futuro
 De los tiempos anuncia !
 Abrese el labio que ¡ ISABEL ! pronuncia ,
 Y en la terrible diestra del Tonante

El rayo se detiene fulminante
 Que asaz vibró contra la madre España;
 Y su constante saña
 De la clemencia al aura se evapora:
 Manzanares no llora
 Sobre sus áureas urnas cada día
 Con sangre hermana al empapar la arena;
 Del Pirene hasta Calpe no resuena
 Horrisono estridor de guerra impía;
 Y cercada de luz, entre arreboles,
 Por diadema los soles,
 Otra reina, cual tú, fúlgida y bella,
 De tu carro nupcial sigue la huella.
 Es la que al eco de tu voz descende
 De la sublime esfera, ¡Paz divina!
 Y sobre tí se inclina,
 Y sobre Hesperia al fin las alas tiende.

¡Númen del canto, á cuyo acento solo
 Dado es narrar la gloria
 Y llevar á los siglos la memoria
 De la virtud incorruptible y fuerte,
 Triunfante del olvido y de la muerte!
 Humilde alumno del crinado Apolo:
 En suelo extraño errante peregrino
 A merced del destino,
 Mi ronca lira á celebrar no alcanza
 De tan precioso bien dulce esperanza.
 Que allá donde las proras
 Del osado Colon el mar rompieron,
 Del tiempo y de los hombres vencedoras,
 Y leyes, culto, hazañas esparcieron
 Sobre la tierra virgen, fué mi cuna.

Y no al rumor sùave
De los trinos de una ave
Me ví mecido, cuando tibia luna
El mundo baña y con su luz consuela;
Sino de tigres al feroz rugido
Por montes y por valles repetido,
Que de pasmo y terror el alma hieía.

Lleva, Musa, á ISABEL sencillo canto
Sin plectro de marfil ni sacra veste,
Y besa honrada donde pisa el suelo
; Rústica ninfa! en homenaje santo :
Como los montes de mi patria agreste;
Como los tigres de mi patria ruda;
Dulce y serena cual mi patrio cielo :
Al oro sorda, á la lisonja muda.

Y mientras que de cisnes acordado
Himno sublime en su loor entona
Hispano vate en verso numeroso,
Del apolíneo coro celebrado,
Lleva á sus piés americanas flores ;
Y en nombre de otro imperio y de otro mundo ,
A su resplandeciente áurea corona,
Con respeto profundo,
Ofrece en pobre ofrenda sus loores.

Por cuanto abarca en curso dilatado
Del Ande poderoso el alta cima,
; ISABEL ! te saludo ;
Y al que tu amor sublima,
Príncipe afortunado,
Al tálamo y al trono. El de Castilla

49
En larga sucesion de alegres años
Ocupes sin mancilla,
Y sirvanle de escudo,
Contra el protervo dolo y sus engaños,
Tu escelso corazon y tu alma pura.
En tu alcázar, contigo,
De justicia y clemencia el númen bello
Asista siempre amigo :
De Dios imágen, de su luz destello.

Así calmarse el ímpetu violento
Verás de las pasiones,
Y la cerviz domada
De plebe amotinada
Inclinarse sumisa, y á tu acento
En las garras temblar de tus leones.
Así, de aquella hermosa
Grande Isabel, á cuya mano fuerte
El cetro conceder de entrambos mundos,
En premio á su virtud, el cielo quiso,
La merecida venturosa suerte
Eclipsarás famosa.
No ya que á tí sumiso
El orbe por la espada, sus profundos
Surcos la guerra por do quier imprima,
Lutos sembrando que con sangre riega;
Ni que tu ebúrnea mano
Empuñe el rayo que deslumbra y ciega,
Airada derramando, en vez de flores,
Llamas al suelo, al corazon furores.
No : sino que de paz tu imperio justo
De zona en zona el estandarte hispano
Llevará bendecido :

Cual antes acatado, ora querido;
 Y de tu labio augusto
 Saliendo al fin la voz que en occidente
 Rompa inicua cadena,
 Restañará la casi exhausta vena
 Que en tráfico de esclavos impudente
 El Africa derrama,
 Y á Dios insulta, y la razon infama.

Así veras que en perdurable alianza
 Las gracias puras, la virtud sencilla,
 El amor, el placer, la paz, la gloria,
 A tu lado estarán, y la esperanza.
 Así tu prole vivirá empuñando
 En larga edad el cetro diamantino.
 Así la clara historia,
 Del reino de la Aurora al Apenino;
 De los ántros del Bóreas inclemente
 A las riberas plácidas que inunda
 Soberbio el Orinoco rebramando
 Del mar salado á la remota orilla,
 En la marmórea plancha reluciente
 De sus anales, tu feliz memoria
 Entallará profunda.
 Y salvará triunfante
 Tu dulce nombre la region de olvido;
 Que rompidas del tiempo duras leyes,
 Y en todo clima y lengua repetido,
 De una edad á otra edad será constante
 A déspotas leccion, ejemplo á reyes.

Rafael Maria Saralt.

EN EL PAUSO ENTACE

DE

S. M. LA REINA D.^A ISABEL II

con el Sermo. Sr. INFANTE de ESPAÑA

D. Francisco de Asís María de Borbon.

ODA.

Y qué, ¿no templa su rigor el cielo?
¿Al apenado corazón no envía
Bálsamos de esperanza y de consuelo?
¿Cuáles los hados de la patria mía
Si la discordia impía
Bárbara rompe sin cesar su suelo!
¿No basta, no, que la imperial matrona
Mire en girones su purpúreo manto,
Menguado el esplendor de su corona,
Campos los suyos de dolor y espanto?

Monstruo del mal, que en implacable saña,
Siempre tú el mismo y siempre diferente,
Con tu hálito cobarde envenenado
Tuerces la pura y natural costumbre,
Cuando por tí se empañan
El acendrado honor, la fe sincera,
La sacra libertad, y hasta la lumbre
Que Dios para adorarle nos concede, —
Pára, cálmate ya. Mira que puede
Hundir en su justicia
Tu iniquidad por siempre y tu malicia.

¿Qué falta ¡oh mengua! á tu rencor infando
Cuando ya no le irrita
El imperio do el sol se apacentaba,
La herencia de Isabel y de Fernando?

Tu rabia enfrena.... Al caudaloso Duero
 Ya no demanda extraño mercadante
 De espigas y racimos su tesoro:
 Ya de capullos de oro
 No se engalana el Turia cristalino;
 Ni orillas del Genil mecén las auras
 La flor azul del ondulante lino.

Tú, rey de ríos, al entrar potente
 Por las soberbias puertas de Nerëo;
 ¿Revuelves, dime, tu veloz corriente
 Por saludar y recibir ufano
 De un nuevo mundo esplendoroso y virgen
 La rica pompa y nítido venero
 De otro Edén, como aquel do su inocencia
 Perdió y sus dichas el mortal primero?
 El catalán y el que las barras fiero
 Tremola de Aragon ¿dónde disputan
 A Génova y á Pisa sus blasones?
 Tú, indómito Rugero,
 Do quiera vencedor, ¿riges acaso,
 Trinacria subyugada,
 Rápidos galeones
 Por clavar en Atenas tus pendones;
 Y postrado el infiel que abriga el Tauro
 Ceñir la sien de inmarcesible lauro?
 ¿Vuelve á dejar sus amorosos lares,
 Y, despreciando al noto furibundo,
 Cántabro audaz, por ignorados mares
 Mide y compasa la estension del mundo?

Huye, monstruo del mal. Hórrido infierno
 Hunda y oprima tu furor insano;
 Ese furor con que por colmo triste
 Al hermano trajiste
 Al acerado hierro del hermano.

Inclitos hijos de la madre España,
 En héroes y en virtud pueblo fecundo,
 Decid, decid, ¿es este
 El que dais al valor lícito empleo?
 ¿Tanto furor en pechos generosos?
 ¿No hay á vuestra lealtad mayor trofeo?
 ¡Odiar cual enemigo

A quien natura en vínculo sagrado
 Próvida unió contigo!
 ¡Así del orco el hálito empapado
 En negra seducción ávido acoges,
 De pompa vana mentidor veneno
 Cual falsa nieve que mirada hechiza,
 Y el hirviente volcán ruge en su seno! —
 ¡Hijos de España! ¡Vuestro orgullo herido,
 A los golpes del tiempo y de la suerte
 Busca tal vez el eternal olvido
 En los lóbregos centros de la muerte?
 ¿Juzga de gloria la ardorosa cumbre
 Negada ya al esfuerzo y bazarria?
 Qué, ¿nada os resta? — Os restan todavía
 El no manchado honor, los cielos claros
 Donde visteis nacer la luz del día;
 Un origen comun, un mismo acento,
 La dulce libertad, preciosa y cara,
 El nombre de ISABEL que puebla el viento.

Inclita España, de lealtad dechado,
 Digan ¡ay! tu constancia
 Cenizas de Sagunto y de Numancia;
 Tu esfuerzo y tu valor las asperezas
 Que altiva torre entre las nubes doma;
 Y que lo diga el pérfido africano.
 El blanquecino polvo
 Que cubre las montañas
 Sus restos son: los árboles que brotan
 En los valles tendidos
 Con púrpura africana están nutridos.

¡Oh, cuántas veces al aliento ibero
 Eclipsada cayó la media luna,
 Escándalo y terror al orbe entero
 Que á la rueda amarró de su fortuna
 Allí donde su planta se imprimiera
 Charca de sangre de enemigos fuera.
 De la áspera Clavijo á las alturas
 Que engarzan la feraz Andalucía;
 De la ciudad del Cid hasta las puras
 Auras que Algarbe á su Romulía envía;
 Desde Calpe á las márgenes del Xanto;
 Del Alhambra á las olas de Lepanto.

Y ¿quién desgarrar quiso
 Con corazon entero, en leño frágil,
 De Héspero oscuro el horrible misterio,
 Buscando un paraiso,
 Y hallar otro hemisferio,
 De brisas encantadas,
 Surcando el ponto al amoroso halago,
 Cual blanco cisne cristalino lago?

¿Quién de un niño inocente,
 Guardando el sueño plácido y tranquilo,
 No arrebató á su frente
 La corona esplendente
 Que sordida ambicion ¡ay! le ofreciera,
 Y á quien el Dios que los destinos rige
 Corona y lauros venturosos diera?

Tú fuiste, ¡oh patria! Al recordar tus hechos
 En noble orgullo el corazon rebosa,
 Revienta de placer. ¡Cuál se dilata
 El alma y engrandece,
 Y el barro humilde altiva despreciando,
 En la region etérea resplandece!
 En el puro zafir, sobre las nubes
 Contemplaré los campos anchurosos,
 Testigos de la hispana bazarria,
 Como el santo caudillo contemplaba
 Los negados á él valles opimos,
 En el Oreb desde la cumbre fria.
 Aquí, entre las estrellas,
 Entre sus diamantinos
 Inmutables caminos,
 Miro del mundo la redonda mole
 Pesada vacilar, rodar las tierras
 Y en espuma los mares
 Del cielo por los cóncavos profundos.
 De aquí, de donde espiran
 De primavera eterna los perfumes,
 Feliz el alma siente
 De la patria virtud brotar la fuente.
 ¡Oh segunda ISABEL! tu patria es esa:
 Esos tus pueblos, ínclita Princesa.

A ti, Doncella ilustre, á quien natura

Cedió su hechizo y su beldad primera;
 Mas bella que la luna serenando
 Con argentada luz la turbia esfera :
 A ti que, cual vestida de jazmines,
 De consuelo y de paz brilla la aurora,
 Astro fuiste de amor y de esperanza :
 A ti, de cuyo labio, en donde mora
 El regalado aroma del sabeo,
 Nace hermoso perdon, — es concedido
 Fecundizar el generoso gérmen
 Que en el pecho español yace adormido.

¿ Viste, Señora, en tempestad bravia,
 Desatados los vientos furibundos
 Encontrarse, chocar, abrir las nubes,
 Y de estermínio el rayo arrebatando
 El orbe estremecer; crugir las selvas,
 Bramar sañudo el piélago violento,
 E intentar en su horrible desvarío
 Sorber la tierra, hollar el firmamento?
 ¿ Y viste luego el almo poderío
 Los vientos enfrenar? ¿ Posarse viste
 La mano del Señor sobre las aguas,
 Y humildes adorarla y bendecirla;
 Tornar el día con mayor belleza,
 Y Flora, rica de preciosos dones,
 Levantar entre aljófar su cabeza?

Tú, Reina, del Señor Tú eres la diestra
 Que ha de calmar las bárbaras pasiones :
 Tú en las glorias de paz y de bonanza
 A un noble pueblo tornarás la sangre
 Que por tí prodigara en ancha vena.
 Por tí Rodrigo blandirá su lanza
 En la líbica arena,
 Armado de diamante y de venganza :
 A climas ignorados
 Conducirá Colon á los guerreros;
 Y de gloria mas pura otros senderos,
 O Reina, á tu valor serán guardados.

Sí; que ya miro en el empíreo cielo
 Brillar tus astros, generosa España,
 Que á tu verjel las auras de consuelo
 Traerán con lluvia en que el abril se baña;

Y sepultar su saña
 Entre las moles que el averno encierra
 El huracán que devastó la tierra.
 Sí; que ya miro en vínculo precioso,
 En doble lazo unidos los leones
 De Castilla á la itálica sirena,
 Y confundir amor dos corazones.

Generacion escelsa de Pelayo,
 Aumento y esplendor de su linaje,
 Elévate, ya es tiempo, á la alta cumbre
 Que de ISABEL te muestra el cetro justo:
 Sube al tálamo real, Principe augusto.

Llegó el instante. Del metal ya zumba
 Por los espacios cóncavos el trueno;
 La olímpica region abre su seno,
 Y el grito popular do quier retumba.—
 Palmas, laurel, y oliva, y mirto, y rosas,
 Guirnaldas de jazmines y azucenas
 Al pié del sacro altar, á manos llenas
 Deshojad, esparcid: que el humo pardo
 Del balsámico incienso se levante
 Con la esencia odorante
 Del indio amomo y del asirio nardo;
 Y entre la vaga, vaporosa nube,
 Olor de suavidad que al éter sube,
 Suba tierna plegaria
 De la Reina querida, á quien esperan
 De otra Isabel los prósperos destinos,
 Y del Principe insigne,
 Que entre el pueblo vivió, y afable y grande
 Cautivando su amor templó su lloro,
 Ascienda grata la plegaria pia,
 Con la oracion y el aclamar sonoro
 Que Iberia al cielo entusiasmada envía.

¡Oh dulce padre del linaje humano,
 Por quien fueron la luz y el firmamento;
 Dios, que los valles que abrasó el estio
 Vivificas con plácido rocío;—
 Hé aquí, delante el ara,
 Cuánta de Reyes gloriosa stirpe
 Ensalzada por ti! ¿No ves, Dios bueno,

En fuego de piedad latir su seno?
 La Madre de esa cándida Princesa,
 Lágrimas derramando de ternura,
 Tu patrocinio y tu bondad confiesa.
 ¡Oh, cómo en la futura
 Edad la historia contará la hazaña
 Con que dió vida y libertad á España!
 Repara, oh Dios, repara
 De árbol tan bello y tan pomposo y fértil
 La florecida vara,
 Del carpentano suelo honor y orgullo,
 Que de su hermana y Reina al lado brilla
 Junto á rosa gentil lindo capullo:
 Mirala ¡oh Dios clemente!
 Su corazon unir con lazo eterno
 A ese de inclito Rey vástago tierno,
Gallardo en ciencia y en la lid valiente.
 Obra es tuya, Señor, grande cual tuya,
 Iris de tu piedad acia la tierra
 Bendecida por tí: sus odios trunca,
 Y haz que nunca de hoy mas ¡oh Dios! que nunca
 Sus dulces auras rompa
 El rudo son de la tartárea trompa.
 Difunde el oleo santo
 De paz y de salud sobre la Reina;
 Su candor, su beldad, su gloria acrece;
 Su espíritu en justicia fortalece.
 Levante al digno: la verdad hermosa
 Filtre en su dócil inocente seno;
 Al cielo dé su voluntad sumisa;
 Y á los pueblos su amor de dichas lleno.

Flamígeras lumbreras misteriosas
 Que de el cielo profundo
 Mostrais lo porvenir al ancho mundo,
 Brillad, brillad hermosas;
 Y en resplandores augurad al alma
 Lauro inmortal y victoriosa palma.
 Derrama los tesoros de tu lumbré
 Sobre el suelo español, astro del día:
 No puedas ver desde tu escelsa cumbre
 Nada mas grande que la patria mia.

Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.

Á S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL II.

Si el rudo acento de mi tosca lira
Llega á elevarse hasta el dosel, Señora,
Sabreis que el fuego santo que le inspira
Parte de un corazon que en vos adora.

Sabreis que lejos de la pompa y brillo
Que á la elevada majestad circunda,
Un pobre corazon tierno y sencillo
Palpita al nombre de ISABEL SEGUNDA.

Sabreis que al veros ostentar ufana,
De alto poder y de grandeza emblema
Sobre la escelsa frente soberana
Del imperio español la aurea diadema,

Os juzgo en mi entusiasmo respetuoso
Astro de bendicion, sol refulgente,
Y se agita en mi pecho delicioso
Placer que no se esplica, mas se siente.

¡Oh, sí! ¿quién puede competir con ella?
¿Quién no admira esos puros arreboles,
Si es ISABEL la venturosa estrella
Que guía á los bizarros españoles?

¿Quién, al mirarla candorosa y pura,
Niña gentil, cuya primer sonrisa
Robó su dulce encanto y su hermosura
Al blando ambiente y perfumada brisa,

No apresta liras que su gloria entonen,
No busca flores para ornar su frente,
Y, para que brillantes la coronen,
Sus fulgores no arranca al sol ardiente?

¿Y quién al ver que la ambicion proclama
Guerra tenáz, de su valiente pecho
La generosa sangre no derrama
Muriendo por su Reina satisfecho?

¡Oh, sí! los trances de azarosa guerra
Por tí con bravo esfuerzo despreciamos,
Defendimos con honra nuestra tierra
Y en tu solio, ISABEL, te conservamos.

Por tí, ¡esperanza de la patria mia!
Cuando te vimos huérfana en el trono,
Y el grito infando de ambicion impía
Dejó sentir su embravecido encono,

Corrimos á los campos de batalla,
Y venciendo al traidor, en su despecho
Halló, Reina ISABEL, una muralla
De cada hijo leal en cada pecho.

Ese pendon que en la escabrosa sierra
Alzó rebelde con maldad estraña,
Para sumir en desastrosa guerra
Tu querida nacion, tu dulce España,

Hoy humillado y sin poder le mira,
Ve su ambicion trocarse en humo leve,
Ve que á tu nombre la nacion delira,
Porque á tu nombre su grandeza debe.

Después que el moro, de valor ufano
 Confiando en su bárbara fortuna,
 Trajo por el estrecho gaditano
 Para humillar la cruz, la media luna,

¿Quién desplomó su altivo devaneo?
 ¿Quién elevó la cruz reverenciada,
 Arrancando la luna por trofeo
 De las soberbias torres de Granada?

¿Quién destrozó las huestes agarenas?
 ¿Quién, venciendo las hordas musulmanas,
 Cubiertas de baldon, de oprobio llenas,
 Las echó á las arenas africanas?

Sí, por vengar las bárbaras injurias
 Altiya presta el belicoso rayo,
 Y la bandera ostenta que en Asturias
 Por vez primera tremoló Pelayo.

Sí aun el cetro universal no empuña,
 Castilla sola con su fuego brilla;
 Mas bien pronto Aragon y Cataluña
 Participan las glorias de Castilla.

Las glorias, sí, las lleva por abono,
 Y sin temer la corva cimitarra
 Al rey Chico Boabdil le arranca un trono,
 Y otro á d'Albrit, vencéndole en Navarra.

Con tantos triunfos sin saciar su gloria,
 Porque mas alta su grandeza sea,
 Quiere dejar un nombre en nuestra historia
 Que en letras de oro sin cesar se lea.

Quiere que el mundo á su poder se asombre;
 Quiere hallar prez mayor, mas nueva hazaña,
 Y alzando sobre todos su renombre
 Dice al genio : *Colon, dame otra España.*

Y surca audaz las encrespadas olas
 Colon guiado por su ardor profundo,
 Y clava las banderas españolas
 Con valor colosal sobre otro mundo.

¿Y quién al nombre que en Europa impera
 No rinde parias de humildad profunda?
 ¿Quién al renombre de Isabel Primera
 No ha de reverenciar á la Segunda?

¡Todos! oh Reina, sí, la España toda
 Que en Vos depositó su amor sincero,
 Venturas mil con tan escelsa boda
 Descubre para el tiempo venidero.

De hoy mas con lazo eterno los partidos
 Arrojarán las armas de las manos,
 Y por un mismo afecto conducidos
 Los enemigos tornaránse hermanos.

Un sosegado porvenir augura
 Astro de amor que en el dosel derrama
 El reflejo de paz y de ventura
 Por la que el pueblo condolido clama.

Mas si tornara la ambicion inquieta
 A levantar su frente, denodado
 Yo arrojaré la lira del poeta
 Para tomar la espada del soldado.

Y vos sabreis, si el canto de mi lira
 Llega á elevarse hasta el dosel, Señora,
 Que el fuego sacrosanto que le inspira
 Parte de un corazon que en vos adora.

Francisco Luis de Retes.

EPITALAMIO.

Como Lucina púdica
A Latmos bajó amante,
De España el astro cándido
Del trono fulgurante
Bajó también, al mágico
Poder del niño Amor.

Del ara en nube diáfana
Sube el incienso al cielo,
Y del dosel de púrpura
Tendido el blanco velo,
La escelsa vírgen tímida
Desciende con rubor.

Al pié del trono, el príncipe
A tanto honor nacido,
De generoso júbilo
Y de esperanza henchido,

Se postra, y de la nítida
Mano recibe el don.

Por ver su enlace, idólatra
El pueblo se fatiga,
Del templo en torno apiñase;
No hay voz que no bendiga
Con entusiasmo al tránsito
La suspirada union.

De mirto y loto téjenles
Guirnaldas y coronas,
Y vírgenes y párvulos,
Mancebos y matronas,
Al cielo elevan cánticos
De gloria, union y paz.

El veterano trémulo,
De brazo un tiempo fuerte,
Alza en señal de júbilo
La enseña de la muerte,
Y en su pupila turbida
Lampo brilló fugaz.

Templo y alcázar jónico
Une verjel de rosas,
Danzas alegres téjense
De vírgenes hermosas,
Suelta la leve túnica,
Suelto el cabello al par;

Y enlazan verdes pámpanos
Con flor de terebinto,

Galanas cual cariátides
 Pulidas en Corinto,
 Vertiendo de sus ánforas
 Esencias y azahar.

Llevan los fuertes jóvenes
 Para el mancebo noble
 Que asciende al régio tálamo
 Ramos de lauro y roble;
 Los dos coros unisonos
 Cantando van así :

« ¡ Depon el velo cándido
 En manos de Ciprina,
 Nieta de reyes inclitos,
 En gracias peregrina;
 Depon, oh escelso principe,
 El casco y el tahalí ! »

« Era de amor y júbilo
 Nos abre el cielo justo :
 Tú, REINA, al suelo ibérico
 Darás la paz de Augusto ;
 Y tú , su Esposo , vástagos
 Al trono , al cetro honor. »

« ¡ Dure la paz benéfica
 Un lustro y otro lustro,
 Sin que te ciña rígida
 Corona de ligustro
 Dios Marte, con estrépito
 De bélico atambor ! »

P. de Madrazo.

A. S. M.

EN SUS FELICES BODAS.

SONETO.

Ya se preparan las nupciales teas :
La España ya de júbilo rebosa :
Van, ISABEL, á saludarte, *esposa* :
¡ Bien haya tu eleccion ! ¡ Bendita seas !

Nacen del bien magnánimas ideas :
Magnánima eres Tú y eres dichosa :
Oye pues una voz que dolorosa
Cruza el mar y las cumbres pireneas.

Hay españoles en pais lejano
Que no pueden llevar su ofrenda al ara
Donde á FRANCISCO das la hermosa mano.

¡ Ah ! si por esa mano sostenido
Lábaro hermanador hoy tremolara....
¡ Cuán dulce fuera la palabra OLVIDO !

Juan Eugenio Hartzenbusch.